

Carrus apparitio: concepto de un participante

Emiliano Mayén Castillo

Me aventuro a decir que, de todas las ramas de las humanidades, la literatura es de las más olvidadas y menospreciadas. Solo habría que pensar que la historia tiene una popularidad avasalladora, ha sido usada para legitimar gobiernos, pensamientos y tradiciones, su demanda en la sociedad se basa en la utilidad que se pueda generar de ella. Si un historiador sabe usar la historia, es decir, la utiliza; podrá entonces comerciar con libros, películas, series, cursos o talleres.

Por su parte, el arte y la música siguen estando presentes y demandadas en la modernidad, en el caso del primero, siguen surgiendo artistas en galerías de renombre y sus obras pueden venderse por varios millones de dólares. Los gobiernos e instituciones privadas suelen acumular estas obras bajo intereses diversos: la promoción del turismo, el fomento a la cultura, la acumulación de capital, el prestigio así como para un discurso político tanto interno, como externo entre las naciones. En el caso, de la música, se han creado grandes monopolios, modas e ídolos a nivel global, mostrando que la musa Euterpe es sumamente redituable.

Incluso la filosofía, esta rama indiscutible de las humanidades, se alberga y se relega bajo las instituciones educativas, poniendo énfasis en su importancia para la formación de jóvenes. La filosofía promete una actitud crítica a todo a aquel que beba de sus aguas. Algunos han priorizado que la justificación de la filosofía contemporánea radicaría justo en su puesta en práctica, como la filosofía: política o la pedagógica.

Es así que la literatura queda plenamente en la periferia de un mundo que demanda utilidades de las ciencias. La literatura, incluso más que la filosofía parecería tener un carácter meramente contemplativo y pasivo. Hace tiempo, un compañero señalaba que leía literatura porque era bonita, no había necesidad de forzar la mente para entender un concepto, solo había que disponerse a disfrutar de la historia. Si hay que reflexionar o criticar algo de ella habría que recurrir a otras ciencias como la filosofía, la hermenéutica o la filología.

Sin embargo, la literatura tiene la gran proeza consigo: la creación, es capaz de compararse con los dioses, pues tiene la habilidad de crear realidades, mundos plenamente estructurados bajo un orden y finalidad. También es capaz de remarcar la realidad de una manera contundente; por ejemplo, con la novela histórica o la crónica,

es capaz de poner énfasis en aspectos sociales, psicológicos, culturales, anímicos o políticos. En antropología se suelen leer textos como: *Canek*, *Juan Pérez Jolote*, *Canasta de cuentos mexicanos* o incluso algunos cuentos de Juan Rulfo para que el estudiantado se adentre y comprenda el México rural e indígena. Un ejemplo en este mismo tenor es Claude Levi Strauss, con su libro: *Tristes Trópicos*, el cual estuvo a punto de ganar el premio Goncourt de literatura, sin embargo, al descubrir que el texto era autobiográfico y no de ficción, le fue negado.

La misma historia podría ser entendida como una literatura de hechos, donde el historiador, es decir, el autor estructura y crea ficciones con base a datos históricos que encuentra y pone énfasis a ciertos aspectos para la reconstrucción del pasado, así, crea más que una visión, un mundo histórico. Es por eso que podemos encontrar enormes contrastes acordes a quien dicte la narrativa. Otro ejemplo, el libro sobre Maximiliano de Gustavo Vázquez Lozano, recrea un Maximiliano mártir, inteligente, astuto y talentoso. Pero si leemos las menciones que hace Paco Ignacio Taibo II en su libro *Patria*, el emperador es manipulable, iluso y hasta en ciertos momentos parece un bufón.

En lo que respecta a la filosofía, pienso que podríamos entenderla como una literatura conceptual. Por ende, todos sus conceptos, postulados, enunciados, ideas y referentes serían los personajes; mismos que dialogan o pelean entre sí, que intentan llegar a conjeturas, acuerdos o hipótesis. Sin duda es una literatura elitista, debido al lenguaje especializado que usa, pero, ¿qué acaso no todas las ciencias son elitistas con base a su lenguaje?

Al hablar del Dasein, del Nous, de lo *a priori* y *a posteriori* o incluso al usar frases como la nada nadea o *cogito ergo sum*, todos estos son más que simples conceptos o referentes, son personajes con nombre y apellido, que se explican por sí mismos, que tienen un lugar y una locación en específico y que al ser pronunciados o leídos nos dicen más allá. Un individuo versado en la filosofía puede identificar si tal o cual autor es aristotélico, kantiano o platónico con base en los conceptos que usa, estos tienen una postura definida, una identidad frente a otros, justo como lo sería un buen personaje dentro de una novela.

La filosofía ha hecho un uso extenuante de la literatura a lo largo del tiempo, por ejemplo, Voltaire solía realizar cuentos para criticar a la política, para esparcir las ideas ilustradas de manera afable y para hacer disertaciones filosóficas amenas.

Para Guillermo Fadanelli, el humano que explica demasiado lo hace para suavizar su ignorancia, tiene la necesidad de ratificar que sabe cosas, sin duda varios hubiesen preferido un Kant literario que uno conceptual, tal vez de ese modo su *Crítica a la Razón Pura* hubiera sido menos extensa y más amena (o por lo menos más entendible).

Por su parte, Albert Camus utilizó el personaje de Sísifo para explicar su concepto del absurdo, al igual que Günther Anders rescató la figura de Prometeo para hacer una crítica a nuestra sociedad. Sartre solía hacer obras de teatro y novelas para dar a conocer el existencialismo. Byung-Chul Han y Bauman suelen usar frecuentemente obras de literatura para exponer de manera más clara sus ideas. Tal vez, el ejemplo más conciso que viene a la memoria, sería que en un principio Sócrates no distinguía entre poesía y filosofía, es decir entre literatura y ciencia, dando por entendido que la poesía es una rama de la literatura y la filosofía la ciencia primigenia o madre de las ciencias. Justo por eso es que los *Diálogos* de Platón, se encuentran cargados de literatura, siempre auxiliados de fabulas o mitos, como el de la caverna, al igual que de seres fantásticos como el demiurgo.

En lo que respecta a las ciencias exactas, el gran fenomenólogo Edmund Husserl consideraba a la ciencia como una extensión de la filosofía y es que sería imposible hablar de ciencia, sin los

conceptos que de ella dependen, mismos que suelen tener un sustento filosófico o, si esta palabra incomoda, metafísicos. Por ejemplo, las matemáticas, pilar de las ciencias exactas, pueden ser vistas como una literatura, ya que cuentan con una forma propia de leerse, escribirse y son una invención del humano, pues no hay en la naturaleza un árbol del número tres o una fruta X o Y. Las matemáticas al igual que las otras ciencias exactas, suelen ser exactas justo por su alejamiento a la realidad. Es decir, son invenciones que sirven para entender lo real, al igual que lo haría una novela.

La edad contemporánea a la que pertenecemos, tiene una necesidad de justificar todo ante una razón homogénea y neutral. De ahí, que surja su afán por el método científico para impregnar todos sus productos de veracidad. Las experiencias, los sentidos, las emociones y los contextos quedan subjetivados, son ilógicos ante un grupo de hombres que piden desglosar las razones que hay en el mundo. Sin embargo, habría que recordar, que el mismo René Descartes, recurre más que a un concepto a un elemento literario para darle sustento al método científico, con el personaje del genio maligno, Descartes logra metodizar la duda y analizar el solipsismo, para llegar a una conclusión: pienso por lo tanto existo, esto no sería posible sin la figura literaria del genio, una figura que parecería ilógica ante la ciencia.

He estado dando vueltas en círculos entorno al vasto panorama que rodea a la literatura pero, sin duda, en algún momento habrá que descender sobre un punto en específico. Permítanme entonces dar mis últimos giros, antes de llegar al tema que me compete. Considero que en la literatura hay muchas claves para entendernos de manera personal y para desarrollar nuevos paradigmas en diversos campos de las ciencias y las humanidades, habría entonces no solo que disfrutar la literatura, sino aprenderla en el sentido etimológico de *aprensión*. Tendríamos que escuchar atentos a los filólogos, para poder desglosar una obra literaria, para abstraerla y traer esas reflexiones a nuestros propios campos de estudio.

Tal vez, para algunos la propuesta es risible, sin embargo, yo lo encuentro posible. Por ejemplo, en literatura existe el concepto de anagnórisis, el cual es el giro dramático en la trama, donde un personaje descubre algo sobre sí mismo, sobre un objeto o sobre otro personaje, es un descubrimiento tan contundente que transforma la forma de ver y actuar de los personajes implicados. Una de las anagnórisis más famosas es cuando Edipo descubre que ha asesinado a su padre y desposado a su madre.

Me atrevo a decir que toda la filosofía es una gran anagnórisis, ya que sus autores junto con sus ideas nos hacen experimentar momentos de suma comprensión y revelación, sus palabras

bastan para que exista en nosotros un giro dramático en nuestra forma de ver y entender el mundo.

Y qué decir de la antropología, esta sabe que el encuentro con el otro no solo brinda la posibilidad de conocerlo, sino de conocernos a nosotros mismos. Estar frente al otro no solo refleja su ser, sino que devela el nuestro. O bien, como explica Jean Paul Sartre, para obtener cualquier verdad sobre uno, es necesario que pase por el otro. El otro es indispensable a mi existencia, tiene así la otredad una doble finalidad: conocer y conocerme. Sin duda este encuentro con la otredad que comúnmente pasa en antropología, no es más que una anagnórisis aplicada.

Otro ejemplo son las y los estetas, quienes suelen no solo discernir sino también postular teorías estéticas, aunque comúnmente describen de manera textual obras de arte, estas suelen ser técnicas, engorrosas y complejas para aquellos que no han tenido un acercamiento al vocablo y técnica estética. Habría entonces que mirar nuevamente a la literatura para descubrir el termino écfrasis, el cual es la descripción verbal de un objeto visual, es decir es una descripción literaria del arte. Ejemplos hay de sobra, como la novela de Oscar Wilde: *El retrato de Dorian Gray*, *El retrato oval* de Edgar Allan Poe o la pintura de Juan Pablo Castel personaje principal de la novela, *El túnel* de Ernesto

Sábato. Una écfrasis estética sería de mucha ayuda no solo para entender, sino sentir una obra de arte.

La música también suele utilizar constantemente elementos poéticos y literarios, como las hipérboles, rimas, sinécdoques, versos o las anáforas. La literatura podría ayudar incluso en las ciencias exactas como es el caso de las matemáticas, las cuales suelen ser difíciles de comprender por su grado de abstracción; Platón solía preguntar: ¿Por qué el humano es el animal más sabio?, su respuesta era: porque sabía enumerar. Es así que haciendo uso de la literatura nos brinda un ejemplo fenomenal donde se une ficción y ciencia.

En el diálogo de *Menón* de Platón no solo se enuncia la teoría de la reminiscencia, sino que a través de la mayéutica un esclavo resuelve paso a paso un problema geométrico. Que magnífico sería pensar hoy día, en la posibilidad de un matemático con dotes literarios, sin duda las y los representantes de la Nueva Escuela Mexicana estarían interesados.

Con estos breves ejemplos no quiero decir que todo gire alrededor de la literatura, sin duda, las cosas pueden seguir su curso sin el entendimiento de ella,

pero aprenderla y saberla puede ser muy útil para ligar elementos de la vida cotidiana y para ver nuevos panoramas en nuestros respectivos ramos de la ciencia. He aquí un ejemplo personal y punto central donde quisiera aterrizar todo este preámbulo. Hago un énfasis en lo personal, porque justamente el ensayo, que hoy es tan comúnmente usado y mal interpretado en las universidades; es un humilde género literario más, que surge en la Ilustración, donde los autores expresan su experiencia, su trabajo y sus estudios para reflexionar sobre un tema. Nuevamente parece que la literatura nos asedia.

Como maestrante en curso de la Facultad de Antropología de la UAEMéx he intentado abordar la problemática del automóvil y su relación y contundencia social, apoyado por textos académicos, sin embargo, me he preguntado ¿Qué pasa con la literatura, es posible rescatar algo de ella?, en un principio la descarté por no tener ese rigor académico y esa metodología —que tanto suele fascinar en la academia— sin embargo, me di cuenta que como acólito de la literatura, ponía especial atención cuando en una novela, o incluso en un poema, se mencionaba a los automóviles.

Me gustaría poner, a guisa de ejemplo, algunos libros donde aparecen o se nombran automóviles y de manera breve ver si son primordiales para entender el texto mismo.

Empecemos entonces, con los “best sellers”, sin duda todo monaguillo de la literatura ha tenido que pasar por alguno de ellos y después de descubrir a los clásicos ocultarlos, en algún cajón lejos de su biblioteca. Empecemos con el escritor estadounidense Stephen King, considerado el maestro del “terror”, quien se ha desarrollado más bien en la ficción, teniendo una gran cantidad de obras no solo publicadas, sino en su mayoría adaptadas al cine.

Lo interesante de las obras de King, más allá de sus tramas y monstruos es que ha plasmado la cultura y vida norteamericana, sus novelas están cargadas de grandes referentes, como marcas de ropa, productos, sitios emblemáticos como algunos Estados, carreteras y parques estatales de Estados Unidos. Al igual que describe la vida social como los trabajos, las relaciones amorosas, de amistad y familiares.

Pero sobre todo sus novelas están cargadas de referentes de automóviles. Por ejemplo, en la novela *Doctor sueño* (2019) de Mike Flanagan, la trama versa en torno a una especie de seres sobrenaturales que secuestran y asesinan a niños que tienen ciertos dones, estos entes recorren todo Estados Unidos en casas rodantes.

Constantemente se mencionan y describen estos vehículos recreacionales a tal grado que pone modelos y marcas icónicas como Southwind, Winnebago, Monaco y Bounder. La misma historia se desenvuelve en la carretera, donde los personajes centrales pasan un tiempo considerable a bordo de diversos automóviles.

En la novela *Buick 8* un coche perverso de Stephen King, la historia gira en torno a un automóvil Buick cuyo propietario desaparece, por lo que el automóvil es remolcado al departamento de policía; es así que empiezan a suceder eventos paranormales a lo largo de los años en la estación y el epicentro de todos estos sucesos es el Buick. La novela nombra un sinfín de marcas de automóviles, como el Gremlin, Bel-Air, Ford, Cadillac, entre muchos otros. Lo sustancial es que el autor no solo los nombra porque sí, sino que usa sus cualidades para dar referentes y contextos de estos en la historia.

Por ejemplo, menciona que en el maletero del Cadillac caben varios cuerpos y que es el carro que usaría un mafioso, mientras que el policía que usa la Gremlin recibe burlas constantes al ser considerado un auto feo; en tanto, el propietario de la camioneta Ford hace la broma de que su camioneta es de cuatro velocidades si se cuenta la reversa.

Pero, lo más atractivo de la narración es que compara al Buick con una especie de bestia adormilada en el garaje, suele hacer analogías como que la parrilla emula la boca de un cocodrilo, el parabrisas los ojos y sus curvas abombadas simulan el cuerpo de un animal acechando.

Sin el Buick no hay historia, es el eje central dentro del departamento de policía, y deja de ser un objeto inanimado para ser un ente animado. Sin embargo, King ya había desarrollado esta idea de darle el protagonismo estelar a un auto y no a un humano en su novela *Christine*, por cierto también fue llevada a la pantalla grande. Un joven al pasar por las calles con su mejor amigo ve un Plymouth Fury y decide comprarlo para que sea su primer automóvil, sin embargo, el auto parece estar poseído y lentamente obsesiona al joven, mientras que el automóvil por sí mismo comete algunos asesinatos. *Christine* ha tenido apariciones en diversas novelas de King, como *It*.

Lo interesante es que es la primera novela donde un automóvil no solo es el eje principal de los hechos, sino el antagonista de la obra, la historia marca no solo las relaciones de poder y los ritos de masculinidad entre un joven y su primer automóvil, sino que anima un objeto que en la vida real suele ser tratado como un sujeto, suele ser apreciado, deseado e incluso considerado un

miembro más dentro de ciertos núcleos familiares en los que algunos automóviles tienen un gran peso y simbolismo.

Otro escritor estadounidense que tiene cierta afinidad a los automóviles, aunque de manera más discreta es George R. R. Martin, si bien sus novelas más aclamadas tratan sobre otros temas como los futuristas o la fantasía medieval, en su cuento de *Los hombres aguja*, se describe a un grupo de secuestradores que raptan indigentes y estudiantes en las cercanías del barrio universitario, un joven empieza a investigarlos y descubre que se transportan en un Javelin color negro y en un Mustang blanco, que poco a poco empieza a ser vigilado por estos hombres que lo acechan en las esquinas desde el interior de sus autos.

George Martin, también tiene otro cuento corto llamado *La salida a San Breta*, en él se plantea un futuro en el que existen los autos voladores, por lo tanto las carreteras han dejado de ser utilizadas, en este futuro algunos cuantos coleccionistas preservan autos de combustión interna. El personaje principal sale a probar su Jaguar en una carretera olvidada, pero se sorprende al ver que está en óptimas condiciones, en ese momento logra ver un Ford Edsel, e intenta hablar con el conductor y de repente el Edsel tiene un accidente; asustado, busca ayuda en un antiguo paradero

y le explican que lo que vio es un carro fantasma que constantemente se aparece intentando buscar una salida de la carretera.

El cuento de Martin es muy interesante, porque termina explicando que los fantasmas son fruto de muertes violentas, en un principio estos acontecimientos se daban en casonas embrujadas, como el caso del *Fantasma de Canterville* de Wilde, *La caída de la casa Usher* de Edgar Allan Poe, *Las ratas en las paredes* de H.P. Lovecraft o *La casa del juez* de Bram Stoker, pero en el siglo XX las muertes violentas ocurren en la carretera; miles de muertes al año por accidentes de tránsito, por lo cual sería lógico encontrarse con fantasmas conduciendo autos.

El jurista alemán Bernhard Schlink también muestra un interés por los autos, sí bien no son el tema principal dentro de sus novelas y no enfatiza en ellos de manera exorbitante, en su novela: *Mujer bajando una escalera*, cuenta la historia de un abogado que en su juventud queda enamorado de una mujer que es retratada desnuda bajando una escalera, tiene pequeñas interacciones con ella y el artista que la pinta. Años después, hay un problema jurídico con dicho cuadro, él, ya casado y siendo un hombre maduro, busca a esta mujer, quien se ha recluido en una costa alejada; la mujer vive en el abandono, en una pequeña casa

derruida con un Jeep, el autor describe algunas escenas a bordo del todo terreno. Pero la trama principal, es cuando descubre que ella tiene cáncer en una etapa terminal y poco a poco empieza a cuidarla, confesándole que fue su amor en la juventud, ella le pide que cree una historia donde hubieran podido estar juntos y el crea una ficción donde huyen a Estados Unidos, compran un Bel-Air de 1956 y viajan por carretera.

Si bien algunos podrían considerar que el auto en esta historia es un elemento fútil, considero que es importante en dos aspectos. El primero es que, al momento de que el personaje principal narra una historia, dentro de la historia, está usando un género literario denominado enmarcación, obras como: *Las mil y una noches*, o el *Decamerón*, son ejemplos de narraciones que contienen dentro de sí más narraciones.

El segundo aspecto es que juega con el cliché romántico de unos amantes que huyen de su pasado en un auto icónico, bajo las escenas panorámicas que pueden ofrecer las carreteras de los Estados Unidos; el Bel Air es un elemento clave para recrear el idilio de la pareja, habría que preguntarse si causaría el mismo efecto imaginarlos huyendo en el transporte público, transbordando en trenes o recorriendo la carretera en un automóvil convencional como un Atos o un Ford Ka.

Antonio Calera-Grobet, tiene una novela titulada *Rambler*, la cual está escrita bajo diferentes voces narrativas y múltiples estilos, por lo cual suele ser confusa y en algunos momentos repetitiva. La obra relata la tragedia del hombre del Rambler quien es un damnificado del terremoto de 1985 en la Ciudad de México, el cual no solo pierde su casa, sino a su familia y es orillado a vivir dentro de su auto de marca Rambler en algún estacionamiento de la parte sur de la ciudad, poco a poco conocemos la historia de este hombre a la vez que vemos su declive hasta convertirse en un indigente y finalmente morir dentro del vehículo.

En la novela podemos ver no solo aspectos psicológicos que aluden a metáforas del hombre contemporáneo, como aquel que pasa la mayor parte de su vida detrás de un volante, sino que se hace juego también de la utilidad de las cosas: el Rambler, en algún momento lujoso, nuevo y funcional era bien visto al igual que su propietario pero, después, tras ser estacionado e irse deteriorando es un objeto que causa enfado e incómoda, al igual que su inquilino, que ha dejado de servir en la sociedad, al estilo de *La metamorfosis* de Franz Kafka.

El personaje principal y el auto se vuelven uno, de ahí que el autor jugué con la idea de *El hombre del Rambler*. Su historia es simbiótica, pues el hombre se explica a través del auto y el auto se entiende a través del hombre.

De un modo parecido, aunque ejecutado de mejor manera, Julio Cortázar en: *La autopista del Sur*, describe un embotellamiento que dura meses, donde los personajes son referidos por los nombres de sus vehículos, poco a poco se empieza a fraguar una comunidad entre ellos e incluso el personaje principal fantasea con una vida junto a la mujer del carro de al lado. También, en su aclamado cuento *Ómnibus*, habla de una mujer y un joven que suben a un autobús y todos se les quedan viendo ya que no traen un ramo de flores, los pasajeros bajan en el panteón y ellos al ver la mirada inquisitiva del chofer deciden descender y comprar también flores.

A propósito de narraciones que implican autobuses, Juan José Arreola en su cuento: *Una reputación*, habla sobre un hombre que una mañana sube al autobús y tras ceder el asiento a una señorita, ya no puede descender, pues siente la obligación de acompañar a cada una de las usuarias hasta su parada para que no viajen solas. Así mismo, Gabriel García Márquez, en su cuento: *Sólo vine a hablar por teléfono*, narra la historia de María, quien se encuentra a un costado de la carretera, buscando que la lleven; un autobús destartalado que transporta pacientes psiquiátricos la recoge y ella entra a la institución para poder usar el teléfono y que la recojan, pero tras un mal entendido es recluida en el manicomio.

La historia me parece muy interesante, porque justamente más allá del chofer que la auxilia, es el camión mismo el causante de la desgracia de María, sin el camión, no es posible que se desarrolle la historia, así de imprescindible es el vehículo en este caso.

José Emilio Pacheco, en: *El principio del placer*, narra la transición de la infancia a la adolescencia de Jorge y sus primeros encuentros amorosos y eróticos junto con la desilusión que conllevan, al tiempo que se describe el México de la década de 1950. Bajo el tema que nos compete, podemos ver como Jorge aprende a manejar, un rito sin duda que marca el final de la infancia y el desarrollo de las masculinidades. También, se describe que el padre de Ana Luisa maneja un carro con un magnavoz, con el que vende diversos productos de herbolaria y del hogar, por lo cual la joven vive avergonzada.

Por medio de las descripciones o menciones de los autos podemos entender el contexto social en el que se encuentran los personajes, por ejemplo, se da a entender la precariedad y el estado de abandono en el que vive Ana Luisa, por el trabajo de su padre, Pacheco menciona marcas como —yip— (Jeep) que son usados por los soldados que comanda el padre de Jorge, también se menciona un Packard y el auto que usa el chofer de la familia

es descrito con lujo; en realidad, el mismo hecho de mencionar a un chofer ya implica una posición social privilegiada.

Pacheco devela en su narrativa un interés por los autos, por ejemplo, en su cuento *Paseo en el lago*, describe el viaje de una pareja recién casada a Veracruz, con la intención de visitar a los familiares de la novia. En la historia se menciona la terminal de autobuses, al igual que la línea ADO, se describen las carreteras y los autos que hay en ella, como las camionetas pick-up cargadas de peones. La historia se centra en un desastroso viaje familiar, donde al interior del vehículo, el esposo va descubriendo más acerca de su mujer y su familia, para al final descubrir que se ha equivocado al desposarla por lo cual se termina divorciando.

José Emilio Pacheco tiene también poemas donde menciona automóviles, como es el caso de: *Those were the days*, *Conversación romana* y *Vecindades del centro*. Los automóviles en la poesía no son nada nuevo, ya autores como Filippo Tommaso Marinetti publicó *Canción del automóvil*, el cual es un poema exclusivo del auto, por otra parte, Oliver Wendell Holmes tiene el poema *The Deacon's Masterpiece, or the Wonderful One-Hoss Shay*, en el cual describe una maquinaria perfecta de un carruaje que durará 100 años en funcionamiento.

Dentro de los escritores contemporáneos, Guillermo Fadanelli, sin duda, capta la atención, no solo por su irreverencia y crítica al mundo académico y filosófico de la Ciudad de México, sino por su constante mención hacia los automóviles. Solo para poner algunos ejemplos, en su misma semblanza menciona que a los 18 años obtiene su primer auto, un Rambler 67, mismo que menciona varias veces en sus novelas, también tiene un ensayo titulado *¡Ford!*, en el que recuerda su infancia en la compañía de su padre al momento de arreglar el auto familiar, a la vez que hace una analogía del capitalismo y prestigio que busca un hombre de clase media en las marcas.

En novelas como *Lodo*, critica el orgullo que sienten algunos por conducir autos al igual que la importancia banal que llegan a tener los autos entre los hombres, irónicamente la novela se desarrolla en un viaje por carretera, en el que un desangelado profesor de filosofía tiene que adquirir un auto y huir en él, tras saber que su amante acaba de asesinar a un hombre. En la novela: *Al final del Periférico*, Fadanelli, de manera autobiográfica y a la vez fantasiosa recrea algunos momentos de su infancia, en los que los autos tienen un papel fundamental, pues no solo son referentes de esos años, sino que demuestran a una clase media con la capacidad adquisitiva de cambiar y obtener automóviles de la época.

El personaje principal, que es un adolescente, un poco al estilo del protagonista de *Las batallas en el desierto*, describe la atracción erótica que le produce la madre de uno de sus amigos quien conduce un Ford Maverick GT.

Existen también pequeñas menciones sobre los automóviles que valen la pena ser recordadas, como por ejemplo con el filósofo Albert Camus, quien días antes de morir a bordo de un Facel Vega, había declarado que no hay nada más absurdo que morir en un accidente de auto. Si bien Camus, centraba sus novelas en los conflictos existenciales, tiene unas vacuas menciones sobre autos, por ejemplo, en su novela inconclusa: *El primer hombre*, que fue encontrada en el interior del auto en el que murió, narra una pequeña escena donde el personaje principal se cruza con unos “jeeps erizados de cañones”.

También el autor José Agustín, hizo uso del automóvil dentro de sus historias, por ejemplo, en las novelas como *Dos horas de sol*, *Se está haciendo tarde*, y la autobiografía *El rock de la cárcel*, se mencionan escenas y marcas de autos. De hecho, la primera novela transcurre en un viaje por carretera hacia Acapulco; la segunda, narra desplazamientos en un automóvil por las playas del puerto guerrerense hasta llegar a la Laguna de Coyuca. Nuevamente, la idea de la travesía de un punto a otro por medio de un vehículo se hace presente.

Sería imposible concebir la novela de Mario Puzo sin los autos en los que se transportan los mafiosos italianos, de hecho, en la novela, se dedican un par de párrafos en los que uno de los gánsteres le gusta estar más en el interior de su Cadillac que en la sala de su casa. En el libro de Irene Solà Sàez: *Té di ojos y miraste las tinieblas*, hay un pasaje en el que un fantasma de hace siglos describe una carreta que se mueve sin la necesidad de caballos; obviamente, la autora juega con la percepción que tendría un hombre de hace siglos ante la presencia de un automóvil.

Ray Bradbury en *Fahrenheit 451*, constantemente hace una crítica de que la sociedad solo habla de autos, de marcas, de ropa y que el mayor pasatiempo de estos individuos, además de ver la televisión es subir al automóvil y correrlo a gran velocidad sin importar cuantos conejos o perros se atravesasen en el camino. De hecho, Clarisse, una niña que hace reflexionar varias veces al personaje principal, en una ocasión le pregunta que cuándo ha sido la última vez que ha puesto el auto en marcha mínima, o se ha detenido a ver las flores o apreciar el paisaje sin ir a alta velocidad.

Por otra parte, Aldous Huxley en su novela: *Un mundo feliz* describe una distopía, donde la sociedad adora a Henry Ford como si se tratase de un dios y el fordismo se ha convertido en su religión.

Estos son solo algunos ejemplos por mencionar, sin duda, nos harían falta páginas, para nombrar todas aquellas novelas y cuentos en los que se cruza un automóvil.

Reflexiones finales

Al principio de este ensayo me preguntaba si era posible rescatar algo de la literatura en relación con los automóviles y si estos son esenciales para entender la trama narrativa. Con los mínimos ejemplos dados, la respuesta parece obvia, o mejor dicho y abusando de los términos literarios, me parece una catáfora, es decir, nos hemos estado anticipando a una idea que se ha desarrollado a lo largo de estas páginas. Me parece que el automóvil es un elemento extraordinario que vale la pena examinar y cuya importancia es más que de ornato, se trata de una fuente de significantes en muchos casos.

En la literatura ninguna palabra es dejada al azar, el escritor es una suerte de alquimista gramático, que mezcla verbos y conjugaciones en el caldero de la redacción. Si algo está puesto en escena dentro de la novela es porque su autor ve en él un sentido, un significado. Las flores, el sol, los colores, los animales o los autos pueden ser en muchos casos elementos de reflexión, referentes y símbolos para acercarse y envolver al lector dentro de la trama.

Sin embargo, la misma literatura ha hecho caso omiso de la vitalidad de los automóviles en la narrativa. Los filólogos y maestros en letras tienen un concepto para designar casi todos los elementos que participan dentro de la narrativa, son como doctores o taxidermistas que desmembran la obra hasta sus componentes más sencillos, enumeran y nombran cada parte como si se tratase de las partes del cuerpo humano. Sorprendentemente, no existe ningún concepto hasta hoy para referirse a la participación o aparición de un automóvil dentro de ella.

Por lo anterior, desde la humildad necesaria de un neófito literario, considero que podría construirse un nuevo concepto para revalorar la presencia y simbolismo de los automóviles en la narrativa, este concepto puede ser el de *carrus apparitio*, un elemento que designe la aparición del automóvil dentro de un texto literario, esta aparición debe sin duda ser significativa y por ende el automóvil deberá ser una pieza clave para entender el desarrollo de la trama. Propongo este elemento, como una herramienta literaria más al momento de analizar un texto, es un concepto que da pauta para empezar a dilucidar un posible género literario donde todo gire en torno a estos objetos íconos de la modernidad. Dejo sobre la mesa esta última tarea a mentes muchísimo más ágiles y lúcidas que la mía.

El automóvil es tal vez uno de los objetos más importantes que han impactado culturalmente en el siglo XX y lo que va del XXI, con una contundencia demoledora, su aparición marca un momento histórico en la vida social, cultural, económica y política del mundo. Habría que pensar que antes de él, las crecientes urbes eran habitadas por animales de tiro y calles lodosas sin señalización o sentidos viales. El auto de combustión interna es el objeto idóneo para representar no solo la modernidad, sino el éxito del capitalismo, dentro de este se ven reflejadas las tecnologías, los deseos, las aspiraciones, la estética, ciertas ideologías culturales y mercadológicas. Pero, a su vez, se relaciona con productos, servicios e instituciones, sin mencionar que también moldea el paisaje rural y urbano. Y, por último, en él se ven reflejadas relaciones sociales, metafuncionales, rituales, símbolos y prácticas que engloban el género, la edad, el espacio y el tiempo. ¡Casi nada para un objeto con cuatro ruedas y un volante!

¿Pero qué significa y de dónde proviene su nombre? Al igual que el Maligno, tiene una infinidad de nombres para ser nombrado, automóvil, carro, coche, auto, vehículo, ranfla, carcacha, etcétera. Sin embargo, la palabra latina que quisiera rescatar es la de *carrus* (del latín), la cual fue usada en la antigüedad para aquellos carros, carrozas o carruajes que eran tiradas por caballos; tiempo

después devino al español bajo el vocablo de coche, de ahí los términos como cocheras o cocheros, la primera haciendo referencia al lugar donde se guardaban estos vehículos y el segundo a aquellos cuyo oficio era el de dirigirlos.

Considero que el término del carruaje implica ya un salto a la modernidad, pues se trata de una propiedad móvil usada en un principio por la nobleza y tiempo después por la burguesía. Sus dimensiones, sus ornatos y extravagancias implican una proyección y distinción ante la sociedad. A modo de ejemplo, habría que pensar en el mito griego de Faetón, hijo del dios del sol, quien quiso conducir el carruaje divino de su padre y tras perder el control, Zeus termina matándolo para evitar que el sol caiga a la tierra. En la *Ilíada* se describe un hermoso carruaje propiedad del rey Agamenón, donde transportan varios tesoros troyanos incluyendo a Casandra.

El carruaje del emperador Maximiliano, expuesto junto al austero carruaje del presidente Benito Juárez, en el castillo de Chapultepec, es un ejemplo perfecto para entender que no solo son medios de transporte, son representaciones estéticas y de poder hechas para ser vistas. El carruaje no está pensado con la finalidad de transportarse, sino de notarse, busca hacer presencia en un espacio determinado y romper con la normalidad del mismo.

Su usuario no es el hombre que va a pie, ni el que monta una bestia como el caballo, tampoco se trata de una hosca carreta propia de los mercaderes y campesinos que trasladan sus mercancías. Su usuario es el hombre moderno, que puede costear la comodidad, que tiene la posibilidad del viaje (otra característica moderna) y que al andar, o mejor dicho, al rodar, muestra su estatus.

La idea del *carrus* nunca se ha abandonado, al contrario, sigue vigente y en constante adaptación a lo largo del tiempo, habría que pensar en esos enormes carros de los años cincuenta, llenos de cromo y emblemas de mujeres, animales o aviones, hasta los carrus contemporáneos de hoy día, con estéreos, cámaras, pantallas táctiles, aire acondicionado, sensores de movimiento, relojes digitales, asientos de piel e incluso autómatas a la hora de conducir. Sin duda, bajo estos tiempos habría que imaginar a un Maximiliano a bordo de un Cadillac, un Aston Martin o Lincoln y a un Juárez sobre un V.W o Chevy en su periplo de la *República itinerante*.

Por otro lado, el termino latino *apparitio*, significa aparición, es decir, que se aparece o se hace presente ya sea un objeto, un ser vivo o una presencia divina o sobrenatural. Durante la Edad Media fue un término muy usado, pues constantemente se hablaba de las apariciones de la virgen, de los santos, de los

ángeles o Dios, sin mencionar las presencias demoniacas o paranormales que constantemente sufrían los campesinos. Pero, el término también está ligado con la idea de la apariencia y el carro sin duda refleja una apariencia ante la sociedad. El año, el modelo y la marca de los coches que constantemente aparecen en las calles, los anuncios, las películas, la música y las pláticas, son apariencias que ocupan sus dueños para mostrarse ante el mundo, para expresar algo de sí, de sus contextos, aspiraciones y presencia que desean imponer.

No expongo este concepto como algo plenamente establecido e indisoluto, ni tampoco para que pase indiferente ante los ojos de los lectores. Esta aquí expuesto para el debate, para la confrontación; pues como bien explica Pico della Mirandola, en las peleas intelectuales la ganancia se obtiene al ser vencido y los más débiles deberían de tomar la iniciativa de buscar altercados para regresar a casa más doctos y más preparados para futuras contiendas. Por ello, dejo esta posibilidad en la mesa, la dejo como una propuesta de un participante en la literatura.
